

(por causa de)... la premodernidad dominante en nuestras relaciones e institucionalidades sociales, políticas y culturales”. Un desencuentro que se plantearía como una suerte de *fuera de juego* conceptual existente en el tejido mismo de nuestra cultura, y que el autor se cuida de no suscribir, pues sospecha que tal *fuera de juego* podría estar más en las cabezas de nuestras elites acaso autoritarias y por ende dogmáticas.

Por el contrario, ahora pretende seguir un hilo conductor inmanente al propio discurso científico moderno para intentar dar luces sobre este enigma, buscando establecer “los límites de dicho paradigma moderno de ciencia o más específicamente, de la ideología positivista que lo envuelve” y ver desde dentro, aquel dogmatismo acaso involuntario, pero igualmente frustrante, para sugerir posibles alternativas de diálogo racional y científico. (**Augusto del Valle Cárdenas**).

**Zavaleta, Carlos Eduardo; CUENTOS COMPLETOS.** Lima, 1997, Ricardo Angulo Basombrío Editor, Tomo 1, 400 pp.; Tomo 2, 420 pp.

La hermosa edición de los *Cuentos completos* de Carlos Eduardo Zavaleta, junto con la novela *Pálido pero sereno*, así como una selección de sus escritos críticos, constituye, en el terreno de las publicaciones, el más importante acontecimiento literario del Perú en 1997.

Desde 1954 hasta ahora –sin considerar las reediciones, tal como aparece en los libros que comentamos homeopáticamente– Zavaleta ha entregado a las casas editoras doce colecciones de relatos que aparecen junto con doce textos nuevos que dan un total de cien cuentos. En todo el siglo XX, sólo Julio Ramón Ribeyro, su compañero generacional, tiene pareja dedicación a la ficción breve.

Los cuentos de Zavaleta aparecen ahora precedidos por unas palabras de Luis Jaime Cisneros que se detienen, tanto en señalar el

trabajo persistente de Lima y acerado del autor, como en la técnica de presentación, que a su juicio no ha sufrido cambios ostensibles, pues el lector se siente incorporado desde el inicio en el relato y tiene que ir descubriendo –a través de la estructura discursiva– el meollo del asunto.

Otra opinión de Luis Jaime conviene destacar: aquella en la que sostiene que en los textos últimos, la objetividad parece haber triunfado sobre los tintes románticos de los primeros relatos, aunque persiste una actitud sentimental, pues la casa y ambiente de los antiguos días campesinos siguen respaldando a Zavaleta y lo nutren, asegurando a sus vivencias y visiones el hondo peso de lo auténtico.

En las páginas siguientes C.E. Zavaleta nos entrega algunas reflexiones, que bajo el hilo autobiográfico van señalando su derrotero literario y las íntimas convicciones que han servido de soporte a su actividad creadora. Dice, por ejemplo, que el cuento más logrado parece ser el que concentra y desenvuelve el tema con una visión inesperada y con tal paulatina y gradual intensidad que el final es una plena culminación del principio. Señala también que los personajes, la descripción y el diálogo están subordinados al tema y que en su caso tiene una preferencia por los finales sorprendivos.

La publicación de los cuentos completos de Zavaleta, pone en manos de las nuevas generaciones de lectores la obra de un orífice de la palabra. Es cierto que a lo largo del siglo XX el Perú tiene una vigorosa tradición en el relato breve que se inicia con Valdelomar y López Albújar, y se enriquece con las figuras señeras de José María Arguedas y de Ciro Alegría, pero es verdad también que esta tradición quedaría trunca, dejaría de lado medio siglo de vida republicana, si dejamos entre paréntesis los relatos de Carlos Eduardo Zavaleta y de Julio Ramón Ribeyro.

A Zavaleta le debemos la incorporación para la ficción del específico territorio del departamento de Ancash, sobre el que vuelve constantemente en numerosos relatos, pero desde esa querencia el narrador va eligiendo otros escenarios para sus ficciones, primero Lima y luego buena parte del territorio nacional y finalmente dife-

rentes países y ciudades de todo el mundo. Un asunto no desdeñable en la narrativa de Zavaleta es que sus cuentos ambientados en países extranjeros, siempre hay detalles de la tradición realista que señalan que la *vox* que asume el relato conoce de cerca el ambiente que describe; no hay lugar para la imaginación pura nutrida solamente de lecturas como ocurre a veces con otros cuentistas célebres.

La crítica ha señalado de manera suficiente a lo largo de estas décadas, la pericia técnica de Zavaleta. Ha subrayado, además, que a él se debe la incorporación de procedimientos creativos que practicaron Joyce y Faulkner. Sin duda es así: técnicamente es un pionero, pero más allá de este detalle, sin duda aprovechado por los narradores que empezaron después, como Vargas Llosa, Bryce, Gutiérrez y Bravo, entre otros, tal vez la principal virtud de Zavaleta sea considerar en su trabajo diario al cuento como un objeto hermoso y perfectible siempre, formado por palabras. En ese sentido, en él, como en los grandes cuentistas del pasado, Poe, Chejov, Maupassant, Machado, de Assís, o de este siglo como Quiroga, Cortázar, Hemingway, Carver, hay algo que lo define: la pericia técnica, que no consiste en la suma de procedimientos, rigurosos y definibles en una clase, en un artículo o un libro, sino en la imagen global de naturalidad que se desprende del relato y que cautiva al lector.

Zavaleta se ha convertido en un clásico. Una buena proporción de sus cuentos merecen incluirse en la más exigente de las antologías. Su fina penetración psicológica, su hondo lirismo y su decantado realismo siguen apareciendo en sus relatos recientes, entre los que destaca *Los prisioneros*, el último que debemos a su prolífica pluma, a la altura del mítico *La batalla* o de *Mamá Alba*, o de *Juana la campa te vengará*, otros memorables cuentos. (Marco Martos).